
Margalit Fox

**ARTHUR
CONAN DOYLE,
INVESTIGADOR
PRIVADO**

Cómo el creador de Sherlock Holmes
liberó a un inocente acusado
de un crimen pavoroso



En 1908, una anciana de posición acomodada muere brutalmente asesinada en su domicilio de Glasgow. La policía no tarda en encontrar a un sospechoso muy adecuado: Oscar Slater, un inmigrante alemán de origen judío y más que dudosa reputación. A pesar de la debilidad de las pruebas en su contra, Slater es rápidamente juzgado y condenado.

El ya entonces famoso escritor Arthur Conan Doyle, obsesionado por una injusticia tan flagrante, decidió emplear los métodos detectivescos de su célebre personaje y desentrañar las verdades ocultas del caso.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Arthur Conan Doyle, investigador privado](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Introducción](#)

[Prólogo. Prisionero 2988](#)

[Primera parte. Diamantes](#)

[1. Una pisada en la escalera](#)

[2. El misterioso señor Anderson](#)

[3. El caballero errante](#)

[4. El hombre con la gorra Donegal](#)

[Segunda parte. Sangre](#)

[5. Rastros](#)

[6. El Sherlock Holmes original](#)

[7. El arte de razonar hacia atrás](#)

[8. Un caso de identidad](#)

[Tercera parte. Granito](#)

[9. La trampilla](#)

[10. «Hasta que esté muerto»](#)

[11. El mar frío y cruel](#)

[12. Arthur Conan Doyle, detective asesor](#)

[13. El extraño caso de George Edalji](#)

[14. Prisionero 1992](#)

[Cuarta parte. Papel](#)

[15. «Usted conoce mi método»](#)

[16. La ruina de John Thomson Trench](#)

[17. Caníbales incluidos](#)

[18. El broche robado](#)

[19. Las puertas de Peterhead](#)

[20. Más luz, más justicia](#)

[21. El caballero y el truhan](#)

[Epílogo. ¿Qué fue de ellos?](#)

[Lista de personajes](#)

[Apéndices](#)

[Bibliografía](#)

[Abreviaturas](#)

[Galería de imágenes](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

Para D. J.R. Bruckner,
racionalista,
humanista,
estilista,
in memoriam

El mundo de ficción, al que pertenece Sherlock Holmes, esperaba de él lo que en el mundo real de la época esperaban de sus científicos: más luz y más justicia. Como creación de un médico que estaba empapado del pensamiento racionalista del momento, el ciclo holmesiano nos ofrece por primera vez el espectáculo de un héroe que triunfa una y otra vez mediante la lógica y el método científico. Y la pericia del héroe es tan maravillosa como el poder de la ciencia, que muchas personas esperaban que iba a conducir a una mejora material y espiritual de la condición humana, y Conan Doyle se encontraba entre ellas.

PIERRE NORDON,
Conan Doyle: L'homme et l'œuvre,
1966

Durante los diecisiete años que llevo aquí no me he encontrado con nadie que me conociese fuera de aquí. Como es natural, con frecuencia tenía la sensación de que debía gritar: «Maldito, maldito, soy maldito como los adoquines de la calle».

OSCAR SLATER,

en una carta a su hermana, 1926

*En el campo de la investigación soy
el último y más alto tribunal de apela-
ción.*

*Sherlock Holmes,
El signo de los cuatro, 1890*

Agradecimientos

Conan Doyle, investigador privado es en buena medida el producto de miles de páginas de documentos, reunidos minuciosamente, reproducidos y enviados al otro lado del mar por personas infatigables que los han rescatado de una serie de archivos por toda Gran Bretaña. Entre ellas, en los National Records of Scotland en Edimburgo, Jessica Evershed, Jane Jamieson, Samantha Smart y Robin Urquhart; en la Mitchell Library en Glasgow, Linda Burke, Michael Gallagher, Patricia Grant, Claire McGugan, Barbara McLean, Peter Munro, Susan Taylor y Nerys Tunicliffe; en el Peterhead Prison Museum, Alexander Geddes; y en los Conan Doyle Archives en el Portsmouth City Council, Michael Gunton.

Muchas gracias también a Kirsty Wark por un almuerzo largo y encantador en Glasgow y a Alan Clements y Caitlin Wark Clements por su ayuda con este proyecto. Mis agentes, Katinka Matson y Max Brockman, merecen un agradecimiento continuado por su apoyo durante muchos años, al igual que Michael Healey, también de Brockman Inc.

En Random House tengo el privilegio de trabajar con una editora extraordinaria, Hilary Redmon, que, al leer un primer borrador de este libro, vislumbró el corazón de la historia mucho antes que yo. La asistente de Hilary, Molly Turpin, ha proporcionado una ayuda muy eficaz. Otros colegas de Random House que han ayudado a que *Conan Doyle, investigador privado* viera la luz han sido Nancy Delia, Barbara Bachman, Richard Elman, Sharon Propson, Mary Moates y Jessica Bonet. El manuscrito ha sido corregido por Sue Warga; Cohen Carruth ha preparado el índice analítico.

En mi editorial británica, Profile Books, debo dar las gracias a Andrew Franklin, el cofundador y director general, y a mi editora, Cecily Gayford. John Davey, que supervisó la edición británica de mi libro anterior, *The Riddle of the Labyrinth*, y que iba a hacer lo mismo con *Conan Doyle, investigador privado*, murió cuando es-

taba a punto de completar el libro. Aún pudo comentar agudamente un primer borrador del manuscrito, por lo que le estoy profundamente agradecida y espero que el producto final sea un pequeño tributo a su memoria.

Daniel Stashower, biógrafo de Conan Doyle; Leslie S. Klinger, editor de la edición definitiva del canon de Sherlock Holmes; y Ben Braber, historiador de la judería escocesa, leyeron el manuscrito y realizaron sugerencias y correcciones inestimables.

En el *New York Times*, tanto los colegas actuales como los anteriores demostraron una paciencia admirable los días que luchaba con este libro por las noches e hicieron que trabajar en el periódico siguiera siendo una fuente de placer y orgullo. Entre ellos se encuentra Barbara Baumgarten, Tom Caffrey, la difunta Janet Elder, Bernadette Espina, Neil Genzlinger, William Grimes, Jack Kadden, Peter Keepnews, William McDonald, Robert D. McFadden, Dolores Morrison, Amisha Padnani, Sam Roberts, Jeff Roth, Richard Sandomir, Daniel E. Slotnik, Charles Strum, Bruce Weber y Earl Wilson. Al igual que para *The Riddle of the Labyrinth*, el editor gráfico del *Times* Jonathan Corum ha creado los mapas magistrales para este libro.

Laura Otis, investigadora ganadora del MacArthur Award que estudia el fascinante paisaje intelectual en la intersección de la ciencia victoriana y la literatura victoriana (y a la que tengo el placer de llamar amiga desde segundo de primaria), me ofreció unos rudimentos imprescindibles sobre las corrientes científicas y literarias de la época. Teresa Williams e Ira Hozinsky merecen un gran agradecimiento por su voluntad incansable de oír hablar sobre este proyecto y por su alegre amistad durante las últimas tres décadas.

Finalmente, más agradecimientos, amor y estima de los que puedo resumir en palabras son para el escritor, crítico y maestro George Robinson, mi amigo íntimo durante estos treinta años y más.

Nota de la autora

En la ininidad de textos publicados sobre *sir* Arthur Conan Doyle, se refieren a él indistintamente por los apellidos «Doyle» y «Conan Doyle». Siguiendo a su biógrafo Russell Miller, que escribió que su protagonista «recibió el apellido compuesto de Conan Doyle, en esta obra le he otorgado los dos apellidos [1]. (El hijo de Conan Doyle, Adrian, hace lo mismo en sus breves recuerdos sobre su padre publicados en 1946, *The True Conan Doyle*.) [2]

En aras de la economía lingüística, en este libro he decidido como norma general eliminar los títulos honoríficos como *Dr.*, *Mr.*, *Mrs.*, etc. Hay una excepción sistemática: Marion Gilchrist, la anciana de ochenta y dos años de Glasgow, cuyo asesinato se encuentra en el centro de esta historia. En relatos previos de este caso, incluido el de Conan Doyle, siempre aparece como «*miss* Gilchrist» y en deferencia a su época, su posición y su augusta edad, he decidido que debe seguir siendo «*miss* Gilchrist».

La conversión monetaria que aparece en las notas a pie de página de todo el libro, que transforma el valor de la libra esterlina de principios del siglo XX en libras esterlinas y dólares norteamericanos actuales, refleja la tasa de inflación histórica y la tasa de cambio contemporánea de principios de 2018, que es cuando el libro entró en prensa.

El presente volumen incluye una lista de personajes.

Introducción

Fue uno de los asesinatos más famosos de su época. Electrizó a la Gran Bretaña de principios del siglo XX y al cabo de poco tiempo a todo el mundo, implicando a una víctima aristocrática, diamantes robados, una caza del hombre transatlántica y una sirvienta astuta que no se dejó persuadir para contar todo lo que sabía. Como escribió *sir* Arthur Conan Doyle en 1912, fue «uno de los crímenes más brutales y despiadados que se han recogido nunca en los negros anales en los que los criminólogos encuentran los materiales para su estudio» [1].

Pero a pesar de todo este drama oscuro y de los miles de palabras que Conan Doyle escribió sobre él, la narración de este asesinato no fue una obra de ficción. Se refería a un caso real: un asesinato por el que un hombre inocente fue perseguido, juzgado, condenado y casi ahorcado. Este error judicial, en palabras de Conan Doyle, «quedaría inmortalizado entre los clásicos del crimen como el ejemplo supremo de incompetencia y obstinación oficiales» [2]. También le obsesionaría —como investigador privado, personaje público y apasionado cronista de la actualidad— durante las dos últimas décadas de su vida.

El caso, que ha sido llamado el caso Dreyfus Escocés, estaba centrado en el asesinato de una mujer adinerada en Glasgow justo antes de las navidades de 1908. Durante la primavera siguiente, Oscar Slater, un jugador judeo-alemán llegado hacía muy poco a la ciudad, fue juzgado y condenado por el crimen. Su nombre se hizo tan famoso que durante muchos años después la frase «*See you Oscar*» fue el equivalente en Glasgow de «*See you later*», como en «*See you later, Oscar Slater* [3]». [np1]

Pero a raíz de las investigaciones realizadas por el puñado de defensores de Slater, se descubrió que el caso Slater estuvo lleno de errores judiciales y de la fiscalía, manipulación de los testigos, supresión de pruebas exculpatorias y soborno para cometer perjurio. Fue, según declaraciones de Conan Doyle, un «montaje des-

graciado en el que participaron por igual la estupidez y la deshonestidad» [4]. Un buen policía sacrificó su carrera después de expresar su profundo desprecio por la forma como se llevaron la investigación y el juicio.

En mayo de 1909, después de que un jurado deliberase durante poco menos de una hora, Oscar Slater fue declarado culpable y condenado a muerte. Pero en medio del malestar público por el veredicto, la sentencia fue conmutada por una cadena perpetua a trabajos forzados solo cuarenta y ocho horas antes de su cita con el cadalso. Durante los siguientes dieciocho años y medio estuvo encarcelado, prácticamente olvidado, en un saliente rocoso desnudo y azotado por el viento al norte del país, en un lugar que un día sería conocido como el «gulag escocés» [5]: la Prisión de Su Majestad de Peterhead.

Día tras día, helado hasta los huesos o soportando el calor más intenso, Slater talló inmensos bloques de granito; sufrió una dieta dickensiana de pan, caldo y gachas; y con frecuencia languideció en un confinamiento solitario. Según sus propias palabras, si hubiera superado la marca de veinte años tras las rejas, se habría quitado la vida [6].

Pero, en 1927, Slater fue liberado de repente; su condena fue revocada al año siguiente. Lo que puso en marcha estos acontecimientos fue un mensaje secreto que consiguió sacar a escondidas de la prisión en 1925. Dicho mensaje —una apasionada súplica de ayuda— estaba dirigido a Conan Doyle.

Escritor, médico, celebridad mundial, defensor de los oprimidos, *sir* Arthur Conan Doyle creyó en la inocencia de Slater casi desde el principio. Al unirse públicamente a la causa en 1912, aplicó sus extraordinarios poderes al esfuerzo para liberarlo, diseccionando la conducta de la policía y de la fiscalía con precisión holmesiana. Pero a pesar de su influencia y su energía, Conan Doyle escribió: «Me enfrentaba a un círculo de abogados políticos que no podían dejar en mal lugar a la policía sin verse afectados personalmente» [7]. Y así la condena, basada en pruebas tan endeblables que, como señaló un comentarista, en una situación comparable «no se castigaría a un gato por comerse al canario» [8], se aplicó durante casi dos décadas convirtiéndose en una de las faras judiciales más trágicas de su época.

Que la historia no acabase con la muerte de Slater en prisión se debe principalmente a Conan Doyle. Como investigador, autor,

editor y persona con influencia en los pasillos más elevados del poder británico, se considera que hizo más que nadie para conseguir la libertad de Slater en un caso que muchos observadores consideraban perdido. «El caso Slater, —ha escrito uno de los biógrafos de Conan Doyle—, le ofreció a Conan Doyle la oportunidad de desempeñar un papel similar en Inglaterra a la intervención de Zola en el caso Dreyfus en Francia.» [9] [np2]

En la actualidad se sigue venerando a Conan Doyle como escritor policiaco, pero se le recuerda mucho menos como un cruzado: «ese paladín de causas perdidas», como lo describió memorablemente un criminólogo británico [10]. En el momento de su muerte en 1930, a los setenta y un años, se había presentado dos veces a las elecciones al Parlamento (sin éxito) y había encabezado una serie de causas, incluida la reforma del divorcio; la denuncia de las atrocidades belgas en el Congo; la petición de clemencia para su amigo Roger Casement, condenado por traición; y, en sus últimos años, por muy incongruente que pueda parecer en un hombre de razón tan exquisita, la existencia de la vida después de la muerte y del mundo de los espíritus. Famoso como creador de Sherlock Holmes, posiblemente el personaje más conocido de las letras occidentales [11], Conan Doyle recibió repetidamente peticiones de ciudadanos corrientes para que resolviera misterios de la vida real —muertes, desapariciones y otras cosas por el estilo—, logrando en más de una ocasión gestas de gran éxito como detective aficionado.

En la época de su intervención a favor de Slater, Conan Doyle ya había ayudado en otro caso famoso de falso culpable, el de George Edalji, un abogado angloindio encarcelado por mutilar ganado. La investigación personal de Conan Doyle en dicho caso es el tema de una serie de libros de no ficción y también inspiró la novela de Julian Barnes *Arthur and George*, publicada en 2005 [12].

Sin embargo, pese a haber un homicidio de por medio, la historia de Slater sigue siendo menos conocida, quizá porque el caso es mucho más complejo que otros de los que se ocupó Conan Doyle. Por un lado, carece de un sospechoso inmaculado y de las certezas morales que presentaba el caso Edalji. Mientras que George Edalji era un profesional educado de carácter impecable, Oscar Slater era un simpático bribón del continente: un habitual de los *music hall* y las salas de juego y, según se afirmó (aunque

nunca se llegó a demostrar), un proxeneta. Conan Doyle también creía que Slater era un canalla: «un hombre de mala reputación y sin raíces» [13], unas palabras que dicen mucho de los prejuicios culturales de la época. Además, Conan Doyle, creador del ultrarracionalista Holmes, se había convertido en algo así como el hazmerreír en las últimas décadas de su vida por su firme apoyo al espiritismo. Como consecuencia, la prensa y el público en general tendían a considerar con escepticismo, cuando no con total desprecio, cualquier causa por la que se interesase, incluida la de Slater.

Sin embargo, este fue el último caso de Conan Doyle como investigador de un crimen real y su intervención fue muy destacable. La historia de su esfuerzo continuado para liberar a Slater pone de manifiesto el temperamento singular que permitió que Conan Doyle iluminara la época en que vivió: la disposición a participar en la batalla, un sentido del honor tan intenso que superaba las antipatías personales y un talento para la investigación racional que sobrepasó al de la policía. Mientras que en la actualidad muchos falsos culpables han sido descubiertos a través de los análisis de ADN, Conan Doyle consiguió liberar a Slater con poco más que una observación minuciosa y una lógica rigurosa, precisamente el tipo de actividad mental que había dado fama mundial a su héroe.

Conan Doyle, investigador privado contiene cuatro historias. La primera es la de un hombre condenado que es exonerado sin la ayuda de las técnicas forenses modernas. La segunda es el estudio de un método de investigación singular que Conan Doyle usó en las novelas de Holmes, aplicadas por él mismo a un asesinato real. No es casualidad que el hombre que salvó a Slater fuera escritor de novelas policiacas y médico, porque la investigación criminal, como la medicina, se basan en el arte del diagnóstico. Dicho arte, que se fundamenta en la identificación, discriminación e interpretación de pistas casi imperceptibles para reconstruir un pasado que se desconoce (una habilidad que Holmes describió memorablemente como la capacidad para «razonar hacia atrás» [14]), dirige el enfoque de Conan Doyle sobre casi todos los aspectos del caso Slater.

La imaginación diagnóstica que Conan Doyle aportó al caso le fue inculcada por su profesor de la Facultad de Medicina Joseph Bell, el modelo de carne y hueso de Sherlock Holmes. Las ense-

ñanzas de Bell ayudarían a Conan Doyle a resolver magistralmente una serie de misterios de la vida real, médicos y criminales. «Tengo un don para la observación y para la deducción, —le explica Holmes a Watson en su primer encuentro—. Debido a una costumbre arraigada, el curso de mis pensamientos se produce con tanta suavidad que llego a la conclusión sin ser consciente de los pasos intermedios. No obstante, dichos pasos existen.» [15]

Y también estuvieron presentes para Conan Doyle en el caso Slater. Sus relatos publicados y las cartas archivadas sobre el tema revelan un *modus operandi* que es realmente holmesiano. Su método implicaba la búsqueda de pequeños detalles cuya importancia había pasado desapercibida a otros investigadores, la revelación de las inconsistencias lógicas por parte de la policía y los fiscales, un buen ojo para las pruebas negativas y una comprensión profunda de su valor y, como habría dicho Holmes, la habilidad para «observar» en lugar de simplemente «ver». Utilizó todo este arsenal para deshacer, eslabón a eslabón, la cadena de pruebas circunstanciales que se había ido cerrando alrededor del cuello de Slater.

En tercer lugar, *Conan Doyle, investigador privado* esboza el retrato del propio Slater, que en los pocos relatos anteriores del caso es una ausencia conspicua, un enigma en el centro de su propia historia. Este libro intenta rellenar el vacío al aportar una serie de cartas conmovedoras, intercambiadas durante casi veinte años, entre el Slater encarcelado —en muchos aspectos un inmigrante típico— y tres generaciones de su querida familia en Alemania [16].

Las cartas muestran una prosperidad agridulce. Vemos a un hombre reflexivo y sentimental que lucha para conservar su fe en un lugar donde durante mucho tiempo fue el único judío. Vemos a un hombre desgarrado entre la necesidad de resignarse a su destino y la necesidad de no abandonar por completo la esperanza. También vemos, con inquietud, a un hombre que parece abocado a la locura. Resulta aún más perturbador el hecho de que, incluso después de su liberación, Slater no volviera a ver a su familia: había perdido su ciudadanía alemana y no podía regresar fácilmente a su hogar. Pero por muy dolorosa que fuera esta prohibición, es posible que a la larga le salvase la vida.

En cuarto lugar, *Conan Doyle, investigador privado* explora una cuestión que enojó a muchos de los defensores de Slater y